

José Joaquín de Clararrosa, *Viaje al mundo subterráneo y secretos de la Inquisición revelados a los españoles, seguido de El hombre y el Bruto y otros escritos. Edición, introducción y notas de Daniel Muñoz Sempere y Beatriz Sánchez Hita. Prólogo de Alberto Gil Novales*, Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Salamanca - Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz - Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Plaza Universitaria Ediciones (Colección «Scripta Manent», 3), Salamanca 2003 (246 pp.).

¡Clararrosa al fin! Ya iba siendo hora de que los cada vez más intensos trabajos sobre la historia, la literatura y el pensamiento del periodo de entresiglos detuviesen su mirada sobre alguien como fray Juan Antonio de Olavarrieta o, como él decidió llamarse en el último tramo de su vida, el ciudadano José Joaquín de Clararrosa. Era una ausencia justificada, sin duda, por las singulares dificultades que ofrece su estudio: ni siquiera el habitualmente exhaustivo Menéndez Pelayo prestó apenas atención a este heterodoxo, lo que viene a ser otra prueba de la rareza y dispersión tanto de sus obras como de su memoria pública, concentrada en dos explosivos años gaditanos entre 1820 y 1822 en que fue periodista popular, agitador político y experto en el arte de la provocación, culminada con su propia muerte y escandaloso entierro civil. Pero esos dos años no son más que la traca final de una camaleónica biografía, peripecia ejemplar del trauma ideológico que vivieron muchos españoles de la crisis del Antiguo Régimen, llena de viajes hechos «con espíritu filosófico» -por usar sus propias palabras-, de persecuciones inquisitoriales, de lecturas clandestinas y de no menos clandestinos escritos, de impregnarse en las ideas de la Ilustración europea, de una desatada pasión por el periodismo y también por la ciencia -ejerció como médico parte de lo que puede denominarse su segunda vida-, de un anticlericalismo festivo y una vocación literaria desbordada por el deseo de transformar el mundo que le rodeaba. A estos trazos comunes, generacionales aunque vividos al límite, Olavarrieta añadió detalles propios más pintorescos, como sus cambios de estado civil y de identidad, su fuga tras una condena de la Inquisición mexicana, la leyenda de esas misteriosas amantes que le dieron su alias de Clararrosa, su vitriólico ateísmo materialista, su filiación masónica y su militancia en el liberalismo exaltado del Trienio...

Todos aquellos ilustrados de la generación de Olavarrieta y de las posteriores que profesaron unas ideas tan extremas y, sobre todo, que trataron

de encarnarlas en sus vidas, sufrieron un singular castigo en una memoria colectiva dirigida intencionadamente por sus enemigos ideológicos: el estigma de ser individuos ridículos, atrabiliarios y más interesantes por sus existencias —sintomáticamente menospreciadas como «novelescas»— que por una talla intelectual o literaria apreciable. Menéndez Pelayo hizo mucho por transmitir esa imagen de infinidad de escritores del XVIII y el XIX, y en el caso de Clararrosa fueron Alcalá Galiano, Pío Baroja o José María Azcona (en la única monografía dedicada al autor, su *Clararrosa, masón y vizcaíno* de 1935) los encargados de degradar su figura a mero espectáculo de feria. Sin embargo, por interesante que sea una biografía, un escritor vale tanto como valga su obra y estos juegos de distracción no han de hacer olvidar que Olavarieta/Clararrosa fue uno de quienes recibieron y divulgaron en España y en la América española el cuerpo de pensamiento filosófico europeo más combativo de la Ilustración, que trató de reflejar en escritos doctrinales o polémicos a lo largo de treinta años accidentados, ya fuese en Lima, en Cádiz o en México.

Ahí radica el interés de documentar su vida y de recuperar sus obras, incluso aunque no sea ni el mejor escritor ni el filósofo más original. En eso el fraile vasco ha tenido mala suerte y no existía hasta ahora ninguna reedición de sus originales, que son además muy raros incluso en las mejores bibliotecas; sólo varios trabajos de Gil Novales han reivindicado el estudio riguroso de este autor en las últimas décadas, junto a algunas otras aproximaciones parciales y un par de trabajos inéditos de doctorado, hechos en Estados Unidos y Francia sobre partes concretas de su perfil intelectual y vital. Es una cosecha pobre que tal vez comience a cambiar. El volumen que ahora reseño forma parte de una colección copatrocinada por el Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, al que pertenecen los dos jóvenes investigadores encargados de la edición y del que también formo parte yo mismo, de modo que se comprenderá que no exprese ningún juicio de valor sobre el libro. Cuando un trabajo es bueno, sólo basta con enumerar objetivamente sus contenidos para que su valor salte a la vista, sin necesidad de recurrir a la calidez que dan la amistad y la cercanía.

El libro gira en torno a la edición del texto más popular y divulgado de cuantos escribió Clararrosa, el *Viaje al mundo subterráneo y secretos de la Inquisición revelados a los españoles*; allí el antiguo reo del Santo Oficio vuelca su experiencia personal en una detallada crónica sobre los entresijos del siniestro tribunal y sobre sus procedimientos, hasta entonces envueltos en

misterios y en un temor reverencial, convencido además de que la Inquisición era la clave de la servidumbre intelectual y moral en que veía sumida a la sociedad española. Los demás textos y elementos documentales que se agrupan en el libro giran igualmente sobre el asunto inquisitorial, una obsesión permanente de Clararrosa. En la extensa introducción redactada por los editores (pp. 19-96) destacan dos aspectos: el intento de revisión biográfica y el estudio de las características internas del *Viaje* dentro de la literatura inquisitorial.

En lo que respecta al primer punto, aunque no se trata de una biografía ni completa ni definitiva, hay un acarreo de materiales nuevos que rellenan lagunas de una trayectoria sumamente mistificada -por el propio protagonista no menos que por sus coetáneos, perseguidores y adversarios-, y al mismo tiempo tan asendereada. Los editores, además de cruzar analíticamente los datos ya conocidos, han incorporado elementos que atañen sobre todo a los dos periodos gaditanos del autor: un expediente inquisitorial por un proceso que se le abrió en Cádiz en 1797 (se reproduce en el apéndice I); el *Diario de Cádiz* que publicó en 1796 y que ahora se ha podido localizar; numeroso material del Archivo Municipal gaditano acerca de las violentas polémicas y pleitos que sostuvo Clararrosa entre 1820-1822 por causa de su actividad publicística; muchos textos del autor y contra él de esa misma época, que tampoco habían sido consultados, como por ejemplo buena parte del crucial *Diario Gaditano* (véase en apéndices IV y V una minuciosa relación de los fondos clararrosianos, con indicación de las bibliotecas donde se encuentran). Aunque a veces esas noticias aclaran datos de los periodos anteriores a 1820, sobre éstos queda muchísimo por hacer: quien quiera elaborar la verdadera biografía que deseamos ver de Clararrosa, tendrá que padecer un riguroso viacrucis por archivos y bibliotecas del País Vasco, Cádiz, Madrid, Perú, México, Portugal, y seguramente por otros varios países más, rastreando las huellas de alguien que siempre trató de borrarlas tras de sí.

En cuanto al estudio literario del *Viaje*, en lo que más se esfuerzan los editores es en la caracterización de un determinado estilo expresivo y argumentativo que va asociado a los misterios del Santo Oficio, y que se relaciona simultáneamente con la literatura gótica, con el género sentimental coetáneo, con los escritos polémicos (políticos, religiosos, jurídicos), con novelas como *Cornelia Bororquia*, etc. La práctica de Clararrosa vendría en este marco a centrarse en un tipo de «horror psicológico», donde los tormentos espirituales y el aplastamiento moral del reo dominan ampliamente sobre la

intimidación física. La finura y eficacia con que el autor refleja esta parte del sufrimiento causado por los inquisidores es a menudo sorprendente, pues su análisis llega a identificar en ocasiones lo que hoy conocemos como «síndrome de Estocolmo».

Junto al *Viaje*, este libro recupera un texto incluso más raro: *El hombre y el bruto*, una breve y arriesgada exposición de las tesis materialistas de Olavarrieta, que escribió para demostrar la identidad entre los hombres y los animales, para negar la existencia del espíritu y del alma, y en general para ofrecer un programa filosófico radicalmente contrario a lo predicado por la religión católica. Escrito clandestinamente en México en los años que giran en torno a 1800, es la obra más determinante de cuantas escribió el vizcaíno, porque motivó su encarcelamiento por la Inquisición, su posterior fuga fuera de los dominios españoles y su cambio de identidad. Por todo ello, justifica y precede al *Viaje*, aunque en éste las posiciones ideológicas son distintas, puesto que la crítica pública al Santo Oficio exigía más bien partir de la defensa de un verdadero cristianismo antes que declararse ateo. Los editores ofrecen una esforzada transcripción del manuscrito, conservado en México, de una obra clave que, mencionada a menudo, sólo había sido leída y usada por Alberto Gil Novales.

En los apéndices se dan de propina otros textos procedentes del *Diario gaditano*: la crítica a una obra de teatro de tema inquisitorial representada en Cádiz, donde Clararrosa demuestra lo bien que conoce el Santo Oficio y lo torpes que son sus criterios sobre el arte escénico; un incompleto *Viaje a la luna* en que el viajero se llama Gusurmendi y los selenitas hablan en vasco, utopía lucianesca que no contiene las páginas más afortunadas de su pluma; y por fin la parodia que de ese lunático periplo realizó uno de los infatigables y más ingeniosos adversarios del vizcaíno, el autor de los folletos titulados *Sartenazos*. También cabe destacar que en las notas a los diferentes textos se reproducen con profusión numerosas voces del sorprendente *Diccionario tragalológico*, otra de las piezas escritas durante el Trienio por Clararrosa que convendría recuperar.

Son, en fin, muchos materiales y muy novedosos los que incluye este libro, y se me permitirá añadir que bien servidos, con amenidad y con rigor. Es de esperar que sea sólo el principio de un nuevo interés por una figura que conviene bajar de los sugerentes misterios de la leyenda a la tierra firme del conocimiento fundado, un escritor que trató osadamente y sin afectada humildad de «contribuir a derribar de un golpe el fuerte coloso del fanatismo general» (p. 185).